



El torrente sanguíneo de la escritura

Conversación con Hernán Lavín Cerda

Marcela Meléndez



Hernán Lavín Cerda es uno de los autores fundamentales de aquella generación llamada del exilio chileno. Su labor docente, sus publicaciones en diversos géneros, su inquietante lucidez, su humor ingobernable hacen de este escritor una figura de primer orden en un país que le abrió las puertas hace cuarenta años y que hoy lo ve como uno de los suyos.

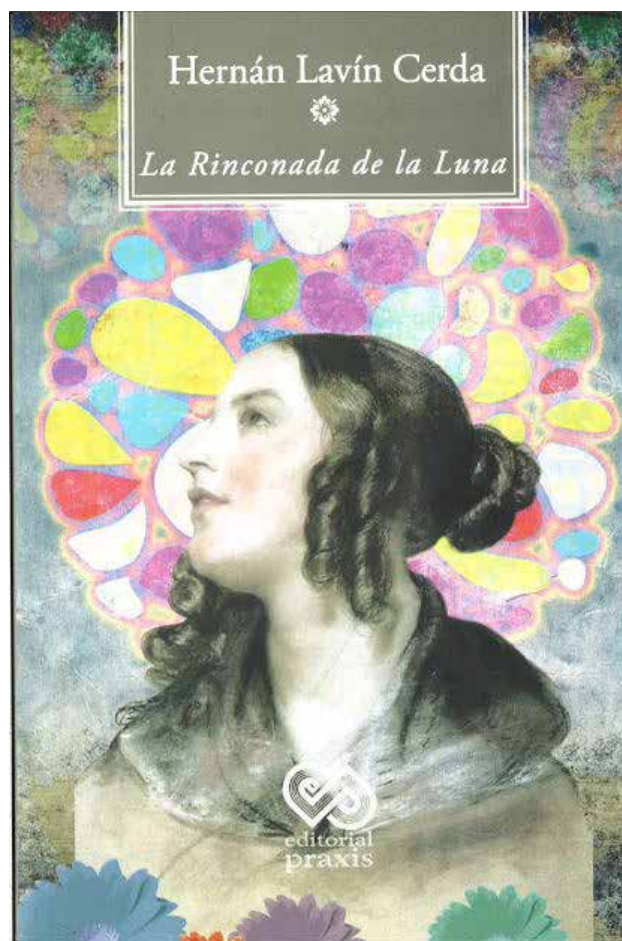
Su más reciente libro, La rinconada de la luna, es una extensa novela que empezó a escribir antes de su salida de Chile en 1973. ¿Nos podría contar algunos pormenores de esta obra?

Es una larga historia. Como de película. No me es fácil ser breve en este punto, pero debo ceñirme a la guillotina del espacio y del tiempo. Confieso que empecé a escribir esa novela en Santiago de Chile, algunos meses antes del Golpe de Estado que ya era inminente. Había perdido mi trabajo en la Editorial Quimantú y me puse a escribir como en un estado de trance; permití que los ángeles y los demonios se alimentaran entre sí, novelísticamente. ¿Qué autores estaban

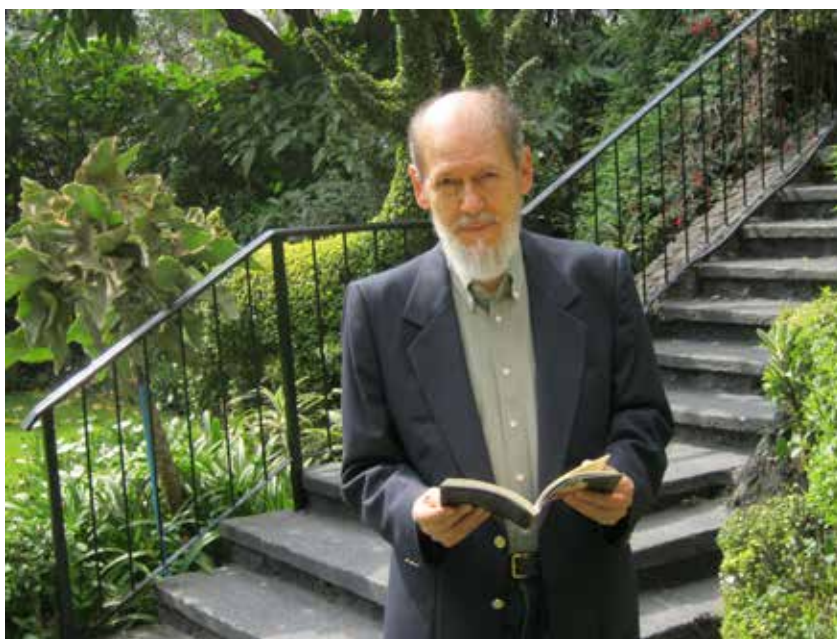
detrás y soplándome al oído? Algunos del llamado *boom* latinoamericano, como es obvio: García Márquez, Rulfo, Carpentier, Guimarães Rosa, Cortázar, Lezama Lima, Vargas Llosa, Marechal, Sábato, Donoso. Y entre los poetas, los que he nombrado tantas veces: Neruda, Vallejo, Huidobro, Rojas, Parra, Lihn y tantos más... Hay también un sustrato de apoyo en historiadores, en algunas crónicas de maestros y colegas en el oficio periodístico. Hasta la noche del 10 de septiembre de 1973 yo estaba intentando el exorcismo de tantísimos demonios por medio de la escritura. Y todo se interrumpió al otro día con el golpe que derrocó a Salvador Allende e interrumpió la vida democrática en Chile. Como ustedes saben, yo me asilé en la Embajada de México, y mi madre, por fortuna, pudo hacerme llegar alrededor de trescientos cuartillas de aquella obra escrita a máquina. Entonces conseguí que uno de los miembros de la Cancillería de México en Santiago de Chile, aprovechando uno de sus viajes, se llevara por valija diplomática esos originales en papel de un color hoja seca. Debo decir que tiempo después, un buen día, estando yo y mi familia en la ciudad de México, recibí una llamada telefónica de dicho funcionario, don Raúl Valdés, para que lo visitara en su oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fuimos allí con mi esposa y tuvimos un muy cordial encuentro. Hicimos recuerdos de aquellos días tan crueles y dolorosos en Chile. De pronto suspendió la plática y me dijo que fuera con él hasta una caja fuerte. La abrió poco a poco y del fondo extrajo los originales de mi novela. "Aquí tiene, maestro, no he podido leerla, pero espero que algún día, cuando se publique". Varios años después reencontré a don Raúl en Bogotá, con motivo de un encuentro de escritores latinoamericanos. En ese instante, él era Embajador de México en Colombia. Nos recibió con la misma fraternidad. Nunca olvidaremos aquellos días tan emotivos.

Pasaron varios años antes de que me pusiera a reescribir esa novela múltiple y poliédrica, plagada de personajes, historias, mitos, leyendas, apariciones,

desapariciones, realismos fantásticos y de toda índole, donde el lenguaje asciende hacia las nubes, pero aterrizadamente, y se juega el todo por el todo, como viene ocurriendo desde mi primer intento narrativo, esos relatos de *La cruzidera de la viuda* (Siglo XXI, México, 1971) —no ...*de la vida*, como lo han dicho por escrito, a veces, aunque en el fondo es muy posible que toda viuda siga formando parte de la vida. ¿Se entiende o ya no se entiende?—. Durante algún tiempo subí aquellas cuartillas a un clóset y me olvidé del asunto. Entonces empecé a llamarla de este modo: *La novela de arriba*. Escribí y publiqué varios libros en aquella época, ya en México, en el campo de la novelística, el ensayo, los cuentos o relatos, y por cierto la poesía, que sin duda es el ombligo materno de todo cuanto escribo. Un buen día hice descender a *La novela de arriba* desde el túnel del clóset, y comencé a reescribir todo como si estuviera poseído por los ángeles y los demonios de la



creación, hasta llegar al punto final. En medio de la temperatura creativa de aquel tiempo se publicaron algunas de mis novelas que considero esenciales para descubrir mi poética. Por ejemplo: *Memorias casi póstumas del Cadáver Valdivia* (CONACULTA, México, 1995), *Historia de aquel verano en Valparaíso* (Plaza y Janés, México, 1997), y *Los sueños de la Nin-fálida* (Plaza y Janés, México, 2001).



Fotografías: Marcela Meléndez

Lo lúdico en su obra, sin duda, es un elemento central; pero también la ironía, el sarcasmo, el humor negro, el absurdo, esa notable facilidad para llevarnos del drama a la comedia y viceversa. De pronto usted cambia los estados de ánimo en el lector y nos deja, la mayoría de las veces, citando a Nicanor Parra, con un palmo de narices...

¡Oh espíritus celestiales! Si es así como tú dices, me doy por muy bien servido. ¡Aleluya! Y ya que apareció en el aire la figura de Nicanor Parra, debo decirte que el propio Nicanor, luego de leer algunos de mis textos que aparecen en aquel pequeño libro *Neuropoemas*, de 1966, dijo que se trataba de una especie de bomba atómica envuelta en papel celofán. Julio Cortázar también dijo algo semejante mediante una carta que generosamente me envió desde su domicilio en Francia. Fueron dos estímulos muy importantes para mí. Me impulsaron a seguir en los caminos del Oficio Mayor, como le gustaba decir a Gonzalo Rojas. ¿Cómo llegué tan joven al cultivo de esos tonos? La verdad es que no lo tengo muy claro. Sospecho que dichos tonos viajan por el torrente sanguíneo, son de natura, y se traen o no se traen. En mí el gran juego se dio así desde el principio. Como que hubiera estado en la pepita del alma y despertó de repente. Una especie de convulsión espiritual y carnal que llegó para quedarse. La belleza será convulsa o no será, como lo dijo por allí

alguien. Te arriesgas o no te arriesgas. Hay que atreverse a atreverse, como les digo a mis alumnos desde el siglo pasado, pero con el mayor conocimiento del oficio. De otra manera, estaremos descubriendo eternamente el hilo negro y el agua tibia. ¿Horror de horrores?

¿Con qué poetas chilenos sintió mayor afinidad? Sabemos que perteneció a una generación muy importante que luego fue llamada de la diáspora o del exilio, pero también de su amistad entrañable con algunos poetas mayores...

Bueno, como lo he dicho en más de una ocasión, Pablo Neruda fue muy importante para mí. Su impulso, su estímulo, la intención que tuvo de publicar mi poemario *Agua de Curimón* en 1963, dentro de una colección de poetas jóvenes que él pretendía dirigir. Aquel proyecto no pasó de eso. Hubo dificultades económicas. Por otra parte, es necesario recordar que Neruda pasaba poco tiempo en Chile: vivía viajando por el mundo. Cómo olvidar a otros artistas de la palabra que fueron mis maestros: Rosamel del Valle, Pablo de Rokha, Humberto Díaz Casanueva, Gonzalo Rojas, Enrique Lihn, Efraín Barquero, Miguel Arteché, Alberto Rubio, Jorge Teillier (quien hizo publicar mi segundo libro, *Poemas para una casa en el cosmos*, en la colección *El Viento en la Llama*, que dirigía el mítico e inolvidable Armando Menedín). Todos esos maestros han dejado más de una huella en mi trabajo

como eterno aprendiz o artesano de la palabra. Lo cierto es que uno se siente muy bien cuando descansa sobre una tradición tan sólida. No podría olvidarme de Gabriela Mistral y de sus memorables poemas en prosa. Cuánto rigor y potencia existencial en su poesía. Los grandes poetas chilenos son atrevidos, pero con conocimiento de causa: atrevimiento en lo temático y lo formal, combate amoroso con Chile o su muy loca geografía, para recordar a Benjamín Subercaseaux. Todos ellos, de un modo u otro, han dejado huellas en el torrente sanguíneo de mi escritura poética; dicha pulsión escritural aparece en mis textos poéticos, así como en las novelas, los relatos y los volúmenes ensayísticos. También es posible apreciar ese fenómeno en aquellos libros un poco extraños en relación a su género: me refiero, por ejemplo, a *Metafísica de la fábula*, que se publicó en 1979.

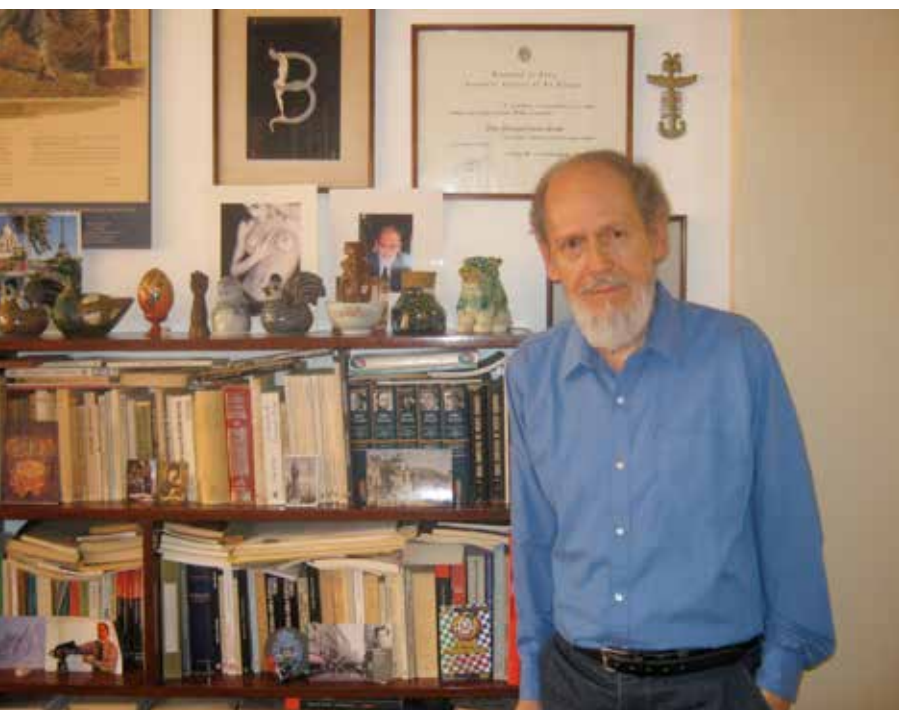
Su relación con algunos autores mexicanos ha sido preponderante en muchos aspectos, pero también con otros paisanos de Latinoamérica, como decía Gonzalo Rojas. Pienso fundamentalmente en Eliseo Diego y Ernesto Cardenal.

A Ernesto Cardenal lo conocí epistolarmente, allá por la década de 1960, y desde Santiago de Chile. Fue el propio Ernesto quien me vinculó con otra figura fundamental. Me refiero al poeta, filósofo y

monje trapense Thomas Merton, con quien sostuve, asimismo, un diálogo epistolar desde Chile. Merton vivía en Estados Unidos. Su pensamiento establecía un contacto enriquecedor y evidente con la llamada teología de la liberación. Una especie de cristianismo fundacional, de origen, y en contacto con los dolores físicos y espirituales de nuestros pueblos. Me refiero, como es obvio, a los humildes, a los de corazón fraterno, a los que sufrían y aún sufren en esta Latinoamérica tan adolorida por dentro y por fuera. Qué mundo tan cruel y tan inmundo, Dios mío, como a veces le oí decir a mi madre, doña Graciela Cerda, quien me enseñó a llorar cuando interpretaba a Chopin o a Mozart en su piano de color caoba, allá en la calle Bellavista 220, en Santiago de Chile, y no muy lejos del inolvidable cerro San Cristóbal. Recuerdo que Cardenal me envió un ejemplar de su libro de 1965, *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas*, publicado en Medellín; por esos días tomó los hábitos de sacerdote. Mantuvimos un nutrido y enriquecedor diálogo epistolar. Posteriormente viajó a Santiago de Chile, en 1971, y tuve la fortuna de acompañarlo por algunos lugares donde ofreció lecturas de su obra y dialogó con estudiantes, obreros, campesinos, maestros y profesionales. Al fin escribí un extenso reportaje sobre su visita que se publicó en el semanario *Ahora*, de la Editorial Quimantú. Sobre Eliseo

Diego, qué quieres que te diga. Un escritor espléndido y un ser humano excepcional. Generoso y sin ínfulas egolátricas, con un humor elegante y sutil. Fue el gran amigo y magnífico poeta Jorge Teillier el que me dijo alguna vez en Chile: “Si algún día viajas a Cuba, no dejes de visitar a Eliseo”. Así lo hice en 1972, cuando fui como jurado del Premio Casa de las Américas. Lo vi en la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), y allí me obsequió algunos de sus libros con dedicatorias muy bellas y humanamente profundas.





Qué gran ser humano. Luego participamos en un Encuentro de Escritores Latinoamericanos, aquí en México, y tuvo palabras de aliento para nosotros, quienes ya no vivíamos en aquella República de Chile dominada por la dictadura castrense y el poder de Su Majestad el Dinero de adentro y de afuera. Recuerdo que lo acompañamos a Guadalajara para recibir el Premio Juan Rulfo. También asistí a varias disertaciones que hizo en nuestra Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sobre su vida y su obra. Pocas veces he aprendido tanto como en aquel curso que nos ofreció. Aún conservo algunos apuntes de aquella sabiduría en un viejo cuaderno. Modestia aparte, Eliseo se refirió de pronto a mi trabajo literario con palabras muy estimulantes y enriquecedoras. Qué gran poeta en verso y prosa, ensayista de alcurnia, y ser humano ejemplar, como por desgracia no hay muchos en este oficio tan egolátrico, y no sólo en este oficio.

Ha vivido más tiempo en México que en su país de origen. Acá es una figura reconocida en el ámbito de la cultura. ¿Qué sensación le produce volver a Chile?, pensando en un verso de Antonio Cisneros, "Las ciudades son las gentes que dejas".

Hacía siete años que no viajaba a Chile. Fuimos en diciembre de 2012. Te confieso que cada vez que vamos por allí, el piso emocional se tambalea. ¿Qué hacer, entonces? Sospecho que no hay nada que hacer. Durante los primeros días voy y vengo como un

termómetro enloquecido. Emociones encontradas y contradicciones a flor de piel. A veces me percibo como un extranjero en lo que algún día fue mi propia casa. Pero con el paso de los días, los crepúsculos y las noches, me tranquilizo. Aparecen de improviso los lugares sagrados de la infancia y la juventud: los primeros paisajes de aquella educación sentimental. Los cerros Santa Lucía y San Cristóbal, aquel niño que fuimos y el otro, el de hoy, el que tal vez somos. Mi madre al piano y los nocturnos de Chopin en la calle Bellavista, mi paso infructuoso como aprendiz de tenista y el descubrimiento de Lucho Gatica y Antonio Prieto, quienes triunfaban en México. Cómo olvidarme del primer beso adolescente bajo los árboles del Parque Forestal. En fin. El Museo de Bellas Artes, el río Mapocho con su caudal un tanto anémico, y la casa de Pablo Neruda, a los pies del cerro San Cristóbal. Confieso, sin embargo, que hoy no me gusta mucho el paisaje verbal, pero qué diablos, así es la vida. ¡Oh, Dios mío, qué manera de asesinar el idioma de un modo tal vez inconsciente! Ya casi nadie vocaliza, con el perdón de algunos muertos, y algunas expresiones coloquiales están bajo el umbral de lo esquizoide. Por ejemplo: "¿No vihhh que tú soy loco?" Las eses tampoco existen, y cuando existen ya no son eses sino haches aspiradas o cosas por el estilo.

Don Roque Esteban Scarpa, gran maestro, poeta y director de la Academia Chilena de la Lengua, a la que tengo la fortuna de pertenecer desde 1992, nos dijo alguna vez que Chile es uno de los países donde peor se habla nuestro idioma. No obstante, acaso por la divina ley de la compensación, contamos con estu-pendos escritores y poetas de muy alto vuelo. Sería ocioso dar nombres; sin duda que faltarían los dedos no sólo de una mano. **▲▲**